

¿Qué podemos saber?

JÓVENES Y ADULTOS PEREGRINOS EN LA TIERRA

Un viaje a través de las grandes preguntas del sentido /1

Raffaele Mantegazza y Christiano Nella

(NPG 63 de enero de 2025)

Comenzamos con éste, una serie de artículos contruidos como diálogos entre un estudiante de 21 años, Christiano Nella y un profesor de 58 años, Raffaele Mantegazza. Los temas en torno a los cuales gravitarán los artículos son algunas preguntas fundamentales que han atravesado a la humanidad no sólo hoy sino durante siglos. La forma dialógica permite comparar ideas y pensamientos, intentando rodear los temas sin proponer verdades definitivas.

Entre cantidad y calidad

Querido Christiano,

En estos tiempos en los que tanto se habla y se escribe sobre inteligencia artificial, ¿qué queda de la pregunta de la Primera Crítica de Kant: “¿Qué puedo saber?”

La respuesta que podría venir a la mente es “todo”. ¿Pero es realmente así? Sin duda, tenemos a nuestra disposición una masa de conocimientos inimaginable hace apenas dos décadas y, además, podemos acceder a ellos en cualquier momento y a una velocidad extremadamente rápida: quizá podamos saberlo todo, pero ¿por qué deberíamos saberlo? ¿Qué hacemos con este conocimiento multiplicado?

Una pregunta que quizá ya no se plantea es si el conocimiento es el fin o el instrumento de la vida humana. Es la pregunta de “por qué” saber la que a menudo queda eclipsada por la facilidad con que se adquiere el conocimiento; De hecho, tal vez la pregunta del “por qué” esté vinculada al esfuerzo que uno hace por saber; si para encontrar la definición de un término tengo que abrir cuidadosamente el diccionario y buscar la palabra siguiendo el orden alfabético, este esfuerzo debe ser proporcional al resultado (preguntándome “¿vale la pena?”); Pero si el conocimiento se proporciona de forma gratuita, sin esfuerzo y en tiempo real, literalmente no hay lugar para preguntas sobre los fines.

Querido Raffaele,

Tengo la impresión de que la pregunta del por qué es hoy más inevitable que nunca. ¿Podemos acaso culpar a un joven que, al enfrentarse al análisis formal de un texto o al estudio de un problema complejo, se pregunta si vale la pena invertir largas tardes en ello, cuando, con un texto bien escrito, puede obtener respuestas más que satisfactorias?

Sólo puedo empezar con otra pregunta: “¿por qué nos levantamos del sofá para pasear o hacer deporte?”. Me parece que la cuestión no es radicalmente diferente. Puede que no lo hagamos —y a veces lo hacemos—, pero cuando superamos esa resistencia inicial a la fuerza de la gravedad, el resultado es satisfactorio. Al principio es agotador (te sonrojas, sudas de forma incómoda y tienes las piernas de palo durante los dos días siguientes), pero luego, con un poco de perseverancia, se convierte en un hábito. Nuestro cuerpo lo pide, sentimos la necesidad de ello. Creo que con el conocimiento ocurre algo parecido: el esfuerzo inicial es indudable, y así sucesivamente, pero cuando empiezas a saborearlo, entonces, nunca es suficiente. ¿Un fin o una herramienta? No estoy seguro, tal vez un fin, que dirige los esfuerzos presentes, pero también un medio, hacia otro fin, menos claro y más difícil de fundamentar, que sin embargo nuestro cuerpo nos impone.

Entre la verdad y la “mainstream”.

Querido Christiano,

El espectro que parece volver a rondar nuestras escuelas y universidades es el de la neutralidad del conocimiento. La web nos ofrece una masa de datos horizontales, sin jerarquías y sin requisitos previos, en lo que a mi juicio es una parodia de la democracia. Pero si observamos con atención la articulación del conocimiento, vemos que cada vez está más extendida la idea de que existe un discurso superior a otros: se trata del conocimiento tecnológico (más omnipresente que el simple conocimiento técnico-científico). Un conocimiento hegemónico que relega cada vez más a un segundo plano otras formas de conocimiento (poético, religioso, místico, etc.), como si fueran restos de la infancia de la humanidad (actualizando a un Giambattista Vico leído muy apresuradamente).

La universalidad del conocimiento tecnológico, cada vez más arrogante en su pretensión de exhaustividad, provoca el paso de un paradigma narrativo-dialógico a un paradigma sistemático que ya estaba implícito en el paso de la filosofía del mito/diálogo de Platón al sistema de Aristóteles como instrumento del pensamiento.

¿Qué queda en todo esto del carácter relacional, emocional y físico del conocimiento?

Querido Raffaele,

Todo permanece y más fuerte que antes, lo importante es no olvidarlo. Mi temor, sin embargo, es que olvidemos que el ser humano no es sólo “mente”, sino que es – precisamente– humano. Tenemos un cuerpo, somos cuerpo. Y cuando tenemos el coraje de no distraernos con nuestro presente caótico, descubrimos que el cuerpo también tiene su propio conocimiento.

Lo que me preocupa es que nuestro sistema escolar se centra con demasiada frecuencia (si no exclusivamente) en un único modelo de estudiante. Como si las lecciones frontales y manuales pudieran ser la receta para todos, con el debido respeto a nuestros cuerpos. La estaticidad en la que están inmersos los cuerpos en un aula escolar es a veces tal que ponerlos en movimiento puede tener una fuerza inesperada. Liberarlos de la protección - constricción de un banco para movilizarlos, para descubrirse desnudos y sentirse miembros activos, parte de un círculo, produce un conocimiento que es sin duda algo más que un manual, pero no por ello menos valioso.

Entre el esfuerzo y la felicidad

Querido Raffaele,

Un camino de aprendizaje que incluya el esfuerzo en sí mismo me parece fundamental. No un fin en sí mismo, no una dificultad del tipo “en mi época la remabas desde abajo y nadie se quejaba”, sino una dificultad que da el objeto. Porque elegir un clásico, un instrumento musical o comprometerse a perseguir un sueño requiere mucha dedicación. Saber ser feliz, trabajar duro para saber. “Las cosas bellas son difíciles”, resume Aristóteles -mejor que yo-. Y, sin embargo, nuestro presente parece gritar exactamente lo contrario: cursos en vídeo para invertir en la bolsa, comprar criptomonedas o convertirse en influencer. Soluciones rápidas para obtener el máximo beneficio.

En cuanto al resultado, la situación no es mejor. “Informarse, leer, abrirse al mundo”: estos son los imperativos que parecen guiar nuestra educación ciudadana. ¿Y qué encontramos? Guerras, desilusión y un constante griterío de fondo, en el que las palabras han perdido toda dignidad. ¿Y si saber me hace sufrir?

Querido Christiano

Habiendo dedicado mi vida esencialmente al conocimiento y a la cultura, a menudo me he preguntado si realmente valió la pena. Es decir, me pregunté si las personas que son

ignorantes son más felices que aquellas que intentan saber o que al menos son conscientes de su ignorancia. Es decir, si los esclavos de la caverna de Platón no podían rechazar la ayuda de su compañero que se había liberado objetando: "pero... somos tan felices en la ignorancia" (un poco como los judíos en el desierto que lamentan las ollas llenas que les dio el faraón). Creo que la liberación y la libertad implican siempre un cierto esfuerzo, que no es el esfuerzo del esclavo o, peor aún, el esfuerzo inútil del que habla Primo Levi, sino el esfuerzo del alpinista que no conquista la montaña, sino que se deja guiar por ella y por eso la conoce con sabiduría y profundidad.

Entre la duda y el misterio

Querido Raffaele,

¿Quién nos da la fuerza para saber? No detenernos en la superficie, sino ir más allá de nuestro –legítimo– “ponernos a tomar sol” sobre creencias tranquilizadoras. Hay que tener coraje para no volvernos insensibles a la duda subyacente que desafía continuamente nuestras tendencias conservadoras. Reunirse en torno a principios morales superiores es agradable; nos hace sentir bien que exista algo “natural” al que podamos apelar. Borrarnos la historia sin ningún reparo y transformamos una simple circunstancia en una verdad naturalizada. Pero, después de todo, ¿quién puede ser portador de la certeza absoluta? Hace falta mucho coraje para admitirlo y recordarlo cada día.

Estamos en los años en que matamos a profesores, médicos, científicos, cualquier tipo de experiencia o conocimiento específico. Habíamos llegado a tantas certezas que, tal vez, decidimos dudar de todas. Perdido en un individualismo ensordecedor, el yo individual, entrenado en la academia sagrada de Internet, se ha convertido en el nuevo dios universal.

Querido Christiano

Hablar del coraje de conocer nos trae a la mente un bello pasaje de Hegel que afirma: “La esencia del universo, al principio oculta y cerrada, no tiene fuerza para resistir el coraje de quien quiere conocerla: debe abrirse ante sus ojos, mostrarle y dejarle gozar de su riqueza y profundidad”. Creo que el coraje de pensar está ligado a una declinación suave de la palabra “coraje”, no muscular, no violenta sino delicada y dulce; Es el coraje de quien quiere ser inteligente en el sentido de intus-legere, de leer dentro de las cosas, de pedirles permiso para llegar a su corazón. Es una fortaleza que poseemos todos y cada uno de nosotros porque la inteligencia, al ser una posición del hombre y de la mujer frente a la realidad, no se mide, sino que simplemente se vive y se respira.